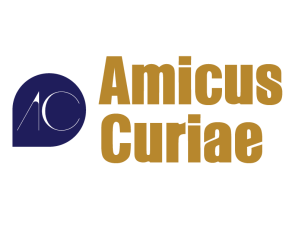
**UNIVERSO, CULTURA Y DERECHO**

****

**VOX LIBER**

Lilian Becerra



**VOX LIBER**

Lilian Becerra\*

I.

Se levantó, movió las cortinas y no vio nada. El sonido la asombraba por lo irreconocible. Sutilmente bajó, aunque para los demás sus tacones no pasaban desapercibidos. Pero en el exterior el sonido se esfumó. Sin más, busca un espacio tranquilo.

Aunque, prefirió adentrarse en algún lugar con algo de gente para disfrutar del murmullo y los diferentes timbres de voz. Tomó una revista en dónde encontró un artículo sobre las pioneras del jazz. Le fascina el peso de la voz grave y la fuerza que emana. Esos pensamientos se interrumpieron cuando el sonido regresó. Su magia la hipnotizó y la puso en marcha.

Guiada por el sonido, Eloísa se adentró en las calles. Percibe que repite sus pasos. Conforme se acercaba, el sonido adquirió forma. Sólo tenía que estirarse lo suficiente para poder ver sobre las jardineras, la fuente de dónde provenía. Se percató que era un instrumento que tocaba una gitana. Estaba justo en el centro de un círculo hecho con piedras. Al acercársele, la gitana le lanzó rocas para alejarla. Asustada retomó su camino.

Al anochecer, Eloísa regresó al jardín atraída por algo. El recibimiento de la gitana fue con la misma dosis de agresividad, pero como Eloísa no se detuvo, le preguntó si iba por una lectura. Al negarlo, le dijo que podía leerle las manos, hablarle de su fortuna. Ella dejó que siguiera hablando hasta estar ahí, de frente a la gitana.

Se quedó paralizada durante un momento ante esa mirada, ese torbellino profundo la cautivó. Cuando logró alejarse se volvió hacia el instrumento. Sin dudarlo lo tocó, extrajo sonidos espirituales, pero la gitana, malhumorada, la golpeó para que lo soltara. Eloísa volvió en sí.

\***Sobre la autora**: Filósofa y poetisa interesada en las manifestaciones artísticas del espíritu humano. Explora las posibilidades de la escritura y la danza. Amante de las letras, el movimiento y el café.

Se dio un momento para observar, se asombró de los elementos que portaba la gitana (monedas viejas, relojes, semillas de diferentes lugares del mundo y máscaras). Ya relajada, le pidió que le hablara de aquel objeto, pues durante varios días lo había escuchado y estaba buscándolo. Ella le contó que se llamaba M’bira, que su sonido pertenecía al cosmos. —Son las voces de los ancestros— dijo.

De lo que intercambiaron en ese diálogo nebuloso; cada una confesó el eje de su búsqueda. Eloísa le habló de su interés por el timbre de voz grave. La gitana confesó que estaba en ese mundo desconocido buscando un reloj, el cual marca su tiempo y sus pasos. Por ello debía recuperarlo antes de que algún humano lo modificara o descubriera sus posibilidades.

II.

Suspiró. Trataba de estar en el instante. Pero el encuentro con esa mujer, la inquietaba pues ahora quería recordar todas esas preguntas que durante años había dejado de lado, quizá la gitana pueda estructurarlas de algún modo. “Ey”. Esa voz la devolvió al presente. Había olvidado que era corte de caja. Al hacerlo, se escuchó un estruendo que la inquietó, después de eso hubo mucho movimiento.

Su curiosidad la sacó del bar. Ya afuera no parecía ser medianoche, estaba iluminado por esa armonía roji-azul y las sirenas musicalizando el momento, avisando que probablemente alguien querría abandonar esta dimensión. Eloísa sólo deseaba que no se perdiera ninguna voz grave. Además, extranjeros galácticos transitaban, probablemente provenían de allá de donde el oxígeno asfixia.

Conforme se adentra entre el tumulto, visualizó un tanque, un carro y llamas danzando. Cuando no pudo acercarse más, optó por preguntarle a quien estuviese a su lado por lo acontecido.

Aquel sujeto tenía una peculiaridad: voz grave. Así que no podía dejar de escucharlo, después de contarle lo que había pasado. Eloísa le preguntó su nombre y de ahí, pregunta tras pregunta, evitando que el silencio impregnara la atmósfera. Deseó postergar ese encuentro, el único recurso para volver a ver a Roque era intercambiar teléfonos.

III.

Este nuevo objetivo anulaba todo lo reformulado. Sin dudarlo, acudió a la guarida de la gitana. Quien la recibió cautelosamente.

Con sutileza, Eloísa abrió la conversación, comenzó con sus curiosidades sobre la M’bira por lo que la gitana se la prestó. Mientras tocaba, le confesó cuál era su interés real.

Pero el sonido sublime la volvió somnolienta, se internó en otro espacio y la voz de la gitana quedaba en segundo plano. Cuando despertó supo que debía partir. Febril, le devolvió el instrumento a la gitana. Pero ella la detuvo, le dio un menjurje y sólo le dijo “compártelo con aquél”.

Cuando la visitaba Roque, solía invitarle un té. Eso daba pauta a conversaciones interminables. Aunque solían hablar de muchas cosas, no era precisamente que compartieran alguna de ellas. Eloísa tenía claro que no coincidan con los modos de estar en el mundo ni sus móviles. Pero evitaba cualquier roce, sabía que tan sólo era un objeto de estudio.

Sin darse cuenta, el tiempo transcurría. La convivencia era continua y la presencia de Roque la incomodaba.

Conforme pasaba el tiempo, su librero se saturó de cuadernos con notas infinitas. Tenía diagramas, suposiciones y teorías de cómo surgía la voz grave. Ahí se reflejaba la continuidad de esa relación. Cada vez que veía a Roque, intentaba descifrar el origen de su voz, escribía, dibujaba, intuía; pero por más que intentaba respirar, arquear la lengua y gesticular como él, todo era en balde.

Tanta teoría, supuestos ejercicios y demás no resolvían nada. Seguía el misterio. Cuando escuchaba y veía a Roque, deseaba a travesar con sus ojos su piel, sus músculos y ver qué pasaba con el aire en su cuerpo.

Ensayo tras ensayo, horas invertidas, para nunca alcanzar el tono y siempre tener que escoger canciones superficiales, con timbres de voz que no permean el espíritu, que sólo hacen que las personas atiendan más el acompañamiento musical que la voz.

Esa noche llegó agotada y ahí estaba Roque, saludándola, de ese modo que sólo su voz lo permitía. Quería robarle su voz.

En lo que Roque le contaba de un viejo reloj que estaba reparando, Eloísa sólo pensaba en el tiempo invertido en esa investigación, se arrepentía de su estrategia, no daba resultados y se le iba la vida.

Al percatarse de la dispersión de Eloísa, Roque optó por recostarse y recordar las buenas noches. Mientras ella murmuraba. Seguía reflexionando en todo el trabajo invertido en ese objeto de estudio, para qué. Seguramente debía indagar por otro lado, quizá la estructura ósea, la altura, la forma del cráneo… Esos pensamientos sólo la saturaban y la agobiaban. Recordó las investigaciones de Vesalio, se percató que de cierto modo compartía el interés de los primeros anatomistas, ver el funcionamiento del cuerpo vivo. Sin dudarlo, tomó el abrecartas y se acercó cuidadosamente a Roque. Acabaría con ese misterio.

AMICUS CURIAE

Vol. 1, Número 5, Septiembre-Diciembre 2015. Revista Electrónica de la Facultad de Derecho

